

# APPIUS Y VIRGINIA

G. E. Trevelyan

traducido por Laura Salas Rodríguez

Virginia entró con brío en la habitación infantil y cerró la puerta con decisión. Cruzó el dormitorio y miró por la ventana. Una fuerte nevada había cubierto el césped, y su reflejo llenaba la habitación con una luz plana y muerta. Solo cerca del fuego el blanco alcanzaba un matiz de amarillo.

Virginia consultó el termómetro que colgaba de la pared, entre las ventanas, y observó que, a pesar del tiempo, el dormitorio estaba lo bastante caldeado. Luego recordó su propósito y se giró hacia la cuna: la suave almohada de volantes lucía un aspecto terso y la colcha de cintas azules parecía alisada, con la excepción de un montículo justo debajo de la almohada, como si un cuerpecillo minúsculo estuviese allí acurrucado.

Con suavidad, Virginia echó atrás la ropa de cama para descubrir una pequeña cabeza oscura con el rostro enterrado en dos manitas arrugadas.

Se quedó de pie, con el embozo de las sábanas en la mano. Sus labios se relajaron en una sonrisa transitoria al efectuar una suave caricia en la cabeza con la punta de los dedos de la mano libre.

—Appius —dijo.

Un leve gruñido soñoliento le respondió, y el cuerpecillo se agazapó, decidido. Con suavidad, pero con firmeza, Virginia le separó los puños y colocó la carita sobre la almohada. Estaba arrugada; lucía una infinidad de diminutos pliegues y apretaba los ojos con fuerza para dormir.

—Cabeza fuera —dispuso con firmeza, y apartó la sábana y la manta del resto de Appius. Un pequeño cuerpo veloso que se había salido un poco de una larga prenda de franela yacía con las rodillas enroscadas hasta la barbilla.

Virginia colocó la franela, lo arropó con la sábana y la manta, le dio una palmadita a la colcha y volvió a cruzar la habitación para dirigirse a su escritorio, junto al fuego.

Appius siguió durmiendo.

La señorita Hutton abrió una cartilla de esas que regalan los fabricantes de comida infantil y que llevaba la inscripción «Appius». Tras poner la fecha en una nueva página, anotó: «Aún duerme con la cabeza tapada». Luego cogió una libreta más grande y hojeó distraída las páginas.

De vez en cuando, algún apunte le llamaba la atención; leyó: «... Hoy he traído a Appius a casa. De momento, apenas parece ser consciente de lo que lo rodea».

Y otra anterior: «Hoy he encontrado la casa, alejada de las demás, y bien cercada. Pequeña y fácil de manejar, porque creo que será mejor no tener servicio para empezar. Un

jardín para hacer ejercicio y un dormitorio que será una habitación infantil ideal».

Y luego, un poco más atrás, una anotación más larga: «He pasado la tarde en el zoo, intrigada como siempre por la humanidad de los monos. De repente se me ocurrió que, hasta ahora, todos los experimentos que se han llevado a cabo con su educación se han basado en líneas por completo equivocadas. Creo que si se cogiese un mono pequeño en el momento de su nacimiento y se le criase en un entorno por completo humano, de forma idéntica a un niño, crecería como un niño: en realidad, se convertiría en un niño; a excepción de la apariencia, por supuesto, e incluso en ese aspecto podría hacerse algo... Si fuese posible crear un entorno adecuado y luego encontrar un mono lo suficientemente joven como para no contar con ninguna educación de mono, una página en blanco para trabajar en ella... A lo mejor algún comerciante sabe de alguno».

Virginia pasó las páginas y se sentó, con las manos cruzadas, rememorando las semanas pasadas.

—Quiero un mono recién nacido. De la especie más parecida al hombre —había dicho ella.

El comerciante había fruncido los labios como si fuese a silbar y luego se había rascado la cabeza bajo el sombrero manchado de grasa.

—A lo mejor puedo conseguirle una cría de orangután...

Emocionada por su propia temeridad, medio ebria por la emoción del experimento y, de forma inconsciente, por el cálido olor a perro, mono y loro que la asediaba, había murmurado:

—Sí, eso me serviría. Téngame sobre aviso. En cualquier momento de la semana que viene o así... —De allí se había marchado a una inmobiliaria, y unos días más tarde al departamento infantil de unos grandes almacenes.

Ese fue el principio.

Después de todo, ¿qué le impedía realizar ese experimento si así lo decidía? ¿Permitirse ese capricho? Se enfrentó, algo desafiante, al silencio de la habitación blanca y azul.

Solo tenía que abandonar la pensión. Su partida no suscitó interés; ni siquiera la advirtió nadie, a excepción de unos cuantos tenderos. Además, desde que padre murió y hubo que abandonar la casa de la vicaría, siempre había tenido intención de regresar al campo. Pero la pensión femenina le resultaba cómoda, y hasta entonces no había tenido razón alguna para abandonarla.

Además, desde su regreso de Cambridge, siempre había albergado la idea de realizar alguna investigación científica; solo que estaba la parroquia. Y luego, cuando padre murió, ella ya llevaba diez años sin ejercitar sus conocimientos, y quizá estuviese más bien oxidada... Pero allí, en su propia casa, tenía el material necesario para un experimento como nunca se había realizado.

Paseó una soñadora mirada por la esquina de la cuna donde yacía Appius, acurrucado bajo la ropa de cama.

Virginia se levantó, de nuevo tensa y con una expresión severa en sus labios insípidos. Tras levantar la sábana, colocó la mano con suavidad pero con firmeza en el hombro diminuto de Appius.

—Cabeza fuera —dijo.

Un ojo aflojó la presión y le echó una mirada brillante a través de dos dedos arrugados.

—Cabeza fuera —repitió ella, inexpresiva.

Levantó el bulto de franela que contenía a Appius y lo sujetó más bien con torpeza entre los brazos.

—Lo primero que hay que hacer es aprender a obedecer —dijo, acariciándole la orejita rosa.

Después lo devolvió a la cuna con la cabeza en la almohada y remeti6 la ropa.

Ese fue el principio.

Un ojo la observó con atención mientras ella colocaba la colcha y luego se apretó de nuevo para dormir. Cuando ella regresó a su escritorio, la peluda cabecita resbaló del suave montículo de la almohada y se acurrucó entre las dos manos arrugadas, a la espera.

Ávidas lenguas de color rojo y amarillo lamían el pozo negro de la chimenea. Un rostro negro con bocas rojas sacaba lenguas en dirección a algo que se hallaba por encima del túnel: lenguas desafiantes que se desplegaban por entero. Seguras de alcanzarlo esta vez. Y fracasaban. Quedaban absorbidas de nuevo. Se lanzaban un poco más lejos. Rápido. Lo alcanzaban. No. De nuevo para adentro. Dentro, fuera, dentro, fuera, pero el algo por encima del túnel ni siquiera se enteraba. Ahora todas las lenguas salían a la vez, todas luchando, estirándose, todas unidas. Una enorme lengua, que sube por el túnel hasta perderse de vista, y esta vez se queda allí. No vuelve a las bocas. Lengua roja con la punta cortada. Pañuelo rojo atascado en la verja negra del asiento de la chimenea.

Appius estaba solo en la habitación infantil. El fuego que acababa de encender Virginia titilaba vacilante en su

jaula de hierro, tomaba impulso y luego rugía chimenea arriba. Appius, fascinado y temeroso, lo observaba desde la cuna, situada bajo la ventana más alejada. Cuando se convirtió en una sólida masa roja perdió interés en él y echó una lúgubre mirada al dormitorio a través de los barrotes de la cuna.

Azul. Blanco. Rayas blancas sobre el azul. Por encima de él, en la blancura de la pared, había un cuadrado de azul pálido, no intenso como el suelo, sino pálido, con unas pizcas de blanco. Dentro había cuatro líneas blancas que se encontraban en el centro, y otra por debajo, justo por encima de la cama.

Appius levantó una mano y tocó la línea de abajo. Sus dedos se cerraron sobre el borde del alféizar.

Mano poder coger línea blanca. ¿Pie también? Un pie subió a través del pliegue de franela. Dos. Appius estaba de pie en el alféizar.

Mano en línea blanca por encima. Dedos no pasar de ahí. ¿Por qué no? Algo ahí; la cosa azul pálido. Dura, fría. A ver las pizcas blancas. Duras también. No poder coger. Raro.

Miró hacia abajo. Qué extraño. Desde donde estaba, en el alféizar, lo azul abultaba la mitad de lo que era desde abajo, y ya no se veía cuadrado. Le habían salido cosas negras en la parte de abajo, hasta la mitad. Había una mancha verde con una raya marrón a cada lado, y las rayas se unían en la parte de arriba. Después salían rayas rojas de nuevo, con manchas verdes. En el azul había un poco de verde salpicado, y había manchas verdes al final de las finas rayas



marrones. Qué revoltillo. Y las cuatro líneas blancas que no podía tocar cruzaban el revoltillo y el azul también.

Coger raya marrón. Raro. O raya roja. Extraño. Todo tenía el mismo tacto. No había borde. No como las rayas blancas contra el suelo azul que uno veía desde la cuna y podía coger. Este revoltillo estaba frío, además, y resbalaba. Los dedos resbalaban sobre él.

Abandonando la ventana y el jardín con un gruñido disgustado, Appius se dejó caer de nuevo en la cuna y corrió a cuatro patas por la colcha, arrastrando la franela tras él.

Estaba corriendo con una cosa blanca. Que tenía una raya azul en un lado con cositas blancas atravesadas a intervalos. Eso se podía coger. Y tirar. La raya azul se quitó, y algunas de las cositas blancas también. Hacía un ruido bonito. Como un rumor y unos sonidos estridentes.

Ahora la cosa azul había salido entera. Enrollada alrededor de sus pies. Cree que lo sujetará. Es larga y blanda, como las cosas raras que hay por encima del saliente blanco, pero no fría. Y suave. Matarlo. Tírarlo por encima de la cuna. En parte. Colgando. Lacio. Muerto.

Otra cosa azul en el extremo de la almohada. Matar eso también. Acababa de coger la cinta con los dedos cuando la puerta se abrió despacio. Virginia entró de puntillas, y sus ojos, llenos de preocupación maternal, se posaron primero en la cuna. Se detuvo, con la mano aún en el pomo, y desplazó el peso al pie de atrás, con una mirada medio asustada. Solo durante un segundo; después, la mano que descansaba en el pomo se puso rígida. Su rostro y su figura adoptaron un aspecto áspero. Cerró la puerta tras ella con suavidad

pero con firmeza y se dirigió a la cuna. Se quedó allí, mirando a Appius sin decir nada.

Al abrirse, la puerta había interrumpido el delicioso rumor de la cinta de satén. Appius dejó de tironear, paralizado, y le dedicó a Virginia una mirada resplandeciente de insolencia a través de su habitual pesimismo. Cuando ella se acercó más, él apartó las uñas de la cinta, se agazapó bajo la ropa de cama y se quedó quieto. Por entre los dedos, un ojo medio guiñado miró a Virginia por un lado de la sábana. Appius esperó. Virginia esperó.

—Appius —llamó ella después.

Él guiñó de nuevo el ojo.

—Appius.

Un salto. Colcha, manta y sábana salieron volando por los aires y acabaron en la alfombra. La almohada, que había llegado hasta el barrote más alto de la cuna, se quedó colgando allí un momento y después cayó hacia atrás por su propio peso. Para cuando la almohada se desplomó en la cuna vacía, Appius corría a cuatro patas por la habitación, con las patas delanteras firmemente embutidas en unas mangas de batista con volantes y un andrajoso banderín de franela aún ceñido a su cintura que se balanceaba tras él, desafiante.

Al pasar junto a la estantería repleta de libros alegres, extendió una mano arrugada que se aferró al segundo estante. Los pies le siguieron. Estante siguiente. Los pies, enredados en la franela y la batista, no consiguieron agarrarse. Appius tanteó, desafortunado, antes de caer con un ruido sordo al suelo y rodar hecho una bola aturdida y balbuceante de

pelo y franela. Arañó, dio patadas hasta liberarse los pies y no dejó de trotar cada vez más rápido alrededor de la alfombra, entre refunfuños coléricos. Virginia se quedó inmóvil junto a la cama y lo observó.

Appius, cansado, se sentó en el asiento de la chimenea, de espaldas a la habitación, extendiendo los brazos hacia el resplandor y murmurando en tono afable. De vez en cuando miraba por encima del hombro para echarle una mirada a Virginia, que arreglaba la cuna con expresión sombría y no parecía advertir su presencia.

Cuando la cuna estuvo hecha, Virginia se adelantó hasta el centro de la habitación y se quedó mirando la espalda de Appius. La miró tan fijamente que Appius, tras echar una mirada maliciosa por encima del hombro, vio cómo su mirada era correspondida y atrapada. Se dio media vuelta entre coléricos chapurreos.

Virginia permaneció inmóvil.

Appius se giró aún más; pivotó hacia la derecha hasta que quedó frente a ella, gesticulando. Sus balbuceos adoptaron una nota de disculpa.

Virginia siguió mirándolo sin decir nada. Los gestos de Appius se volvieron tímidos lamentos. Su charla perdió volumen. Se volvió de nuevo hacia el asiento de la chimenea sin dejar de balancear la cabeza, intranquilo. Intentaba liberar sus ojos de los de Virginia, pero ella le mantuvo la mirada. Sus balbuceos se apagaron y comenzaron de nuevo, con tono irritado. Luego emitió un quedo lloriqueo y se llevó las manos a los ojos.

—Cama —dijo Virginia con acritud, señalando la cuna.

El sonido de su voz interrumpió el lloriqueo de Appius. Sus ojos fascinados no abandonaron el rostro de Virginia, pero, a pesar de seguir atrapados, vieron o sintieron la intención del dedo que señalaba. Appius siguió lloriqueando en un tono más agudo y se agazapó aún más contra el asiento de la chimenea. Las comisuras arrugadas de su boca se desplomaron hacia abajo y se le formaron unas enormes lágrimas en los ojos.

—Cama, Appius.

El dedo que señalaba no se movió. Virginia habló con la misma voz desapasionada. Appius, sin quitarle los ojos de encima ni dejar de llorar, se levantó de la alfombra, pasó junto a Virginia girando sobre su propio eje al dejarla atrás, como si ella fuese el centro de un círculo invisible cuya circunferencia se viese obligado a trazar, y se subió a la cuna. Se metió bajo la ropa de cama y se quedó allí tumbado y enterrado.

Virginia posó ligeramente la mano sobre el bulto de la colcha.

—Cabeza fuera —ordenó.

El bulto se removió y apareció alrededor de un centímetro de cabeza. Virginia la posó entera sobre la almohada y se apartó. Appius, ya dormido, se quedó como ella lo había colocado.

Virginia se dirigió a su escritorio y abrió el diario. «Parece que hoy Appius ha aprendido a ser obediente», escribió. Después se recostó contra el respaldo y se apretó los párpados con los dedos. Estaba cansada, agotada por la tensión de la conquista. No obstante, si Appius ya estaba conquistado,

menudo paso hacia delante en su plan. Si había aprendido a obedecer, era el momento de enseñarle a hablar y, si lograba aquello, el resto debería ser fácil. ¿Por qué no iba a lograrlo?

Lo lograría. No era excesivo emplear toda su fuerza de voluntad, toda su fuerza de sugestión, toda su reserva de energía mental y nerviosa en ese experimento. Porque, si tenía éxito, habría logrado algo importante. Habría creado a un ser humano a partir de una materia puramente animal, habría forzado a la evolución a cubrir en etapas de unos cuantos años algo que, sin ayuda, habría necesitado eones para ocurrir, y habría probado no solo la verdad de la teoría de la evolución, sino las infinitas posibilidades del entorno y de la educación temprana.

Tenía que lograrlo. De forma oscura e inarticulada, sabía que, si ese experimento no tenía éxito, incluso su propia existencia perdería toda justificación a sus ojos.

Su necesidad de crear, recién despierta, se vería frustrada por completo. Volvería a sumirse en la nada de la que la había sacado su entusiasmo. Volvería a Earl's Court, a aquella habitación que hacía las veces de salón y dormitorio —con contadores aparte para la calefacción y la cocina—; a su consumo de novelas prestadas de la biblioteca; a sus paseos en autobús a la pastelería; a sus sorbos de conversación y café en el salón: hasta la mediana edad en una pensión femenina. Cada año un poco mayor, un poco más corpulenta o más delgada, un poco más lenta en bajarse del autobús —«Venga por aquí, por favor, venga», y la lucha con paraguas y paquetes a lo largo de las filas de los pasajeros, y la mano medio compasiva, medio desdeñosa, del conductor,

mugrienta y no demasiado amable, al bajar al suelo resbaladizo por las escaleras, que se bamboleaban bajo su peso—. Cada año un poco menos brillante en la conversación de sobremesa; un poco menos capaz de recordar las novelas leídas; un poco menos capaz de encontrar quien la escuchase; un poco menos capaz de vivir, y sin embargo no mejor preparada para la muerte.

Se vio a sí misma sumiéndose en la vejez como si bajase despacio en un ascensor, pero un ascensor que nunca llegaba al fondo. El descenso completo, la conmoción de la llegada, la corona negra como el azabache de la muerte sería una conclusión demasiado irrefutable para la vida que ella tenía ante los ojos. No podía ser una cosa tan real, tan vital como la muerte la que pusiese fin a una existencia sometida y erosionada por las pequeñas comodidades y costumbres de su cálida falta de entidad. ¿Cómo iba a morir alguien que nunca había estado vivo? Se deslizaría de forma perpetua hacia delante, hacia abajo, resbalando sin darse cuenta por una ladera suave y plácida; tiempo adelante, tiempo abajo, hasta una amplia llanura eterna.

Lo lograría. Ahora Appius había salido de su sopor, al principio casi continuo, y tenía plena consciencia de lo que lo rodeaba. Estaba aprendiendo a obedecerla. Eso quería decir que su cerebro estaba despertando, y estaba despertando a un entorno cien por cien humano. No lo había tocado ninguna influencia simiesca. Su cerebro era una página en blanco para que ella escribiese; ahora estaba listo para que ella comenzase su obra. Appius podía emitir sonidos. Debía aprender a hablar antes de que su herencia tuviese tiempo

de manifestarse. Esos balbuceos de hacía un rato, se dijo, no eran lenguaje de mono. Sería imposible, ya que nunca había oído hablar a un mono. Era el equivalente de los sonidos sin significado que hacen todos los niños antes de aprender a hablar.

Era hora de empezar. Appius estaba despertándose. Se acercó a la cuna y se colocó a sus pies, mirándolo, con los antebrazos cruzados sobre el barrote superior.

Lo llamó. Appius abrió los ojos y profirió algo ininteligible. Ella le clavó la mirada y pronunció muy despacio, con claridad:

—Mamá.

Appius dijo algo más.

—Mamá —repitió ella con firmeza.

Se pasó las horas siguientes con la vista fija en Appius, trabajando en ese sonido, dejándolo solo para ir a coger su biberón o reavivar el fuego. Cuando al final él se quedó dormido, Virginia esperó inspeccionando sus notas, lista para dejar caer la palabra en el momento del despertar, en el que su mente se mostraría más receptiva. Al caer la tarde, mientras ella repetía las sílabas con lentitud, firme, incansable, los ojos de Appius, clavados en su rostro, manifestaron estupor. Su ceño arrugado se frunció aún más. Miró los ojos y la boca de Virginia. Estaba en silencio. Se debatió, impaciente. Y por fin abrió la boca y la retorció, luchando.

—A-a —dijo Appius.

Virginia resplandecía de júbilo, pero todavía no pensaba darse por vencida con la consonante.

—Mamá, mamá —animó.

—A-a —repitió Appius.

Virginia lo levantó de la cuna y lo meció con suavidad entre los brazos, apoyando el peso en un pie y luego en otro.

—Mamá. Di mamá, a ver.

La cara levantada de Appius, estupefacta y arrugada, la miró mientras ella se balanceaba hacia un lado y hacia el otro. Sus labios anchos y expresivos se retorcieron como goma y su garganta empezó a trabajar en silencio.

—M-a —dijo.

Virginia se rio en silencio, feliz.

—Mamá, mamá. Di mamá —arrulló, enterrando su cara en el suave pelaje detrás de la oreja de Appius. Lo abrazó, lo metió en la cuna, arropado, y salió disparada a anotar ese hito que hacía época.

No podía fallar.